

EL LENTO PA

1 LGO ha pasado en estos dos años escasos, en estas cien semanas que conmemoramos hoy. El menudo paso de Clio, la musa de la Historia, es apenas perceptible para quienes lo contemplan sin perspectiva, de la misma forma que el ojo humano es incapaz de percibir el movimiento de las agujas del reloj, o la rotación de la Tierra. Y, sin embargo, se mueven (que diría Galileo). Para comprender el mundo en que vivimos hoy no basta con mirar cien semanas atrás. Nuestra época está configurada por seis, por ocho grandes acontecimientos sucedidos en un plazo de cincuenta años. Si se hiciera un pequeño inventario de estos momentos climatéricos de la humanidad habría que comenzar por la irrupción de América en Europa y la instauración del comunismo en Rusia, durante la primera guerra mundial: son dos hechos casi simultáneos cuya importancia perdura. Luego, mientras Europa se dedica a un delicado bizantinismo de política antigua, de política de fronteras —la mala paz de Versalles, los nazismos reivindicativos, el reparto de las colonias, la Sociedad de Naciones— que no son más que un barniz sobre la verdadera historia en marcha, América —los Estados Unidos de América— continúa extendiéndose por Europa a base de dólares, de técnica, de industria, de compras, de propaganda. Y la Unión Soviética aplica y exporta las ideas de Marx y de Lenin. Creían los contemporáneos que la historia se estaba escribiendo en Versalles, en Munich, en Abisinia o en Ginebra: la verdad era que estaba ya en esta lucha entre capitalismo y comunismo, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Que se sitúan provisional, momentáneamente de un mismo lado de la barricada para acabar con la Alemania nazi. Un buen alma idealista hubiera pensado que esta era la ocasión de que se modificase la historia, de que la URSS y los Estados Unidos pactasen. No podía ser así: su alianza era, repito, provisional, y al terminar la guerra ya no había más contendientes que Estados Unidos y la URSS. Media Europa era comunista, otra media americana. Más bien: medio mundo era comunista, medio mundo americano. Vinieron las pequeñas guerras de reajuste de límites entre los dos mundos, la etapa que llamamos de guerra fría: las guerrillas de Grecia y de Persia; las de Corea y de Indochina, la nueva China... La segunda guerra mundial había servido para desenmascarar la situación. Pero al mismo tiempo habían ocurrido en ella unos hechos que han modificado el mundo. Se pueden separar en dos partes, aunque estrechamente unidas. Por una parte, la incorporación masiva a la guerra de las poblaciones mundiales: los púdicamente llamados campos de concentración, que fueron en realidad campos de exterminio, campos de matanza; los bombardeos feroces de las retaguardias, la perfección del arma de propaganda (sobre el tema de los bombardeos de poblaciones civiles recomiendo la lectura del libro de Martin Caidin «La nuit ou Hambourg brûla», que acaba de ser editado en Francia por «Presses de la Cité»). Conviene comprender que la brutalidad de la guerra es universal, que no hay división posible entre malos y buenos. Los bombardeos angloamericanos de Hamburgo causaron 70.000 víctimas inocentes; los de Tokio, 84.000 víctimas. Por otra parte, la aparición de la bomba atómica en Hiroshima y en Nagasaki. Por la primera serie de hechos ha entrado directamente en acción la opinión pública: la guerra ha dejado de ser una cuestión de príncipes. Por el segundo hecho, el de la bomba atómica, se ha comprendido fácilmente que la próxima guerra ya no tendría límites y que hay que evitarla a toda costa.

Tras estos momentos climatéricos, en fecha ya muy reciente, ha surgido otra situación importante: la aparición de un tercer mundo, la liberación de los pueblos colonizados. Pero no tenemos perspectiva para juzgar el peso de este movimiento sobre la historia venidera.

La importancia de esta irrupción en el panorama mundial está en que estos pueblos están buscando un camino original y ofrecen aún una incógnita.

1 ODOS estos hechos compendiados así, reducidos así a unas docenas de líneas, ya se habían conjugado cuando apareció el primer número de TRIUNFO, hace cien semanas. La «política del borde del abismo» inventada por Foster Dulles y sostenida por Eisenhower, y la rigidez de Stalin, habían terminado. ¿Por qué? Porque cada vez que el peligro de guerra general se había aproximado, cada vez que el mundo había estado a punto de incendiarse, cada vez que un conflicto local pudo haberse generalizado, los grandes príncipes de la política habían percibido la contracción de las masas, habían notado claramente el peso de la opinión pública. Uno de aquellos episodios se ha recordado ahora, con motivo de la muerte de Mac Arthur. Cuando el audaz general estuvo a punto de lanzar sus bombas atómicas sobre China y crear el fantástico «cinturón de cobalto» al norte de Corea, la Casa Blanca y el Departamento de Estado se lo impidieron y le forzaron a retirarse. Habían advertido claramente que en caso de guerra no contarían con sus aliados, no contarían con las poblaciones civiles, que estaban a un milímetro del pánico. Aquella situación se repitió cada vez que el riesgo estaba cerca. Soy testigo presencial de un par de casos. He visto París literalmente espantado cuando la URSS amenazó vagamente con emplear sus cohetes si persistía la agresión contra Egipto; los parisenses acaparaban víveres —y sal, porque había circulado el ridículo rumor de que la sal curaba las radiaciones atómicas— y abandonasen la capital. He visto en la ocasión del desembarco de paracaidistas americanos en el Líbano a los turcos atrincherarse en sus casas y cerrar los postigos de madera de las ventanas esperando una invasión rusa... Estas anécdotas son quizá menores pero revelan que el peso de la opinión pública ha desaconsejado siempre la guerra. Ya no basta con asesinar a Jaurès, como ocurrió en vísperas de la primera guerra mundial, para acabar con los pacifistas. Ahora, todos somos pacifistas. A pesar de que por una curiosa subversión de valores producida por la propaganda de la guerra fría se ha querido dar al término «pacifista» un valor peyorativo. Ahora no basta ni siquiera con asesinar a Kennedy.

(Intercalo aquí un último dato sobre el «caso Kennedy»: Se ha descubierto que la famosa fotografía de Oswald blandiendo un fusil y un periódico comunista está trucada. La fotografía que publicaba «Paris Match» con la fantástica leyenda de «El final del misterio de la muerte de Kennedy», presentaba a Oswald con un fusil con visor telescópico. Esta foto estaba tomada en la primavera de 1963, según la policía americana, mientras que la misma policía dice que el visor está adquirido y colocado sobre el fusil el 16 de noviembre de 1963. La misma fotografía la publica «Life» (en la edición española, el número correspondiente al 13 de abril). Sin embargo, «Detroit Free Press» y «Newsweek» publican la misma foto, idéntica en todos los detalles excepto en uno: el fusil no tiene visor. Hay técnicos que aseguran que el periódico que tiene Oswald ha sido también retocado con ayuda de «gouache» para hacerlo pasar por «Militant», órgano trotskista, cuando en realidad es un periódico de extrema derecha, editado por la sociedad John Birch, con un artículo titulado «Be a militant». La foto de «Life» y «Paris Match» fue adquirida en 5.000 dólares al agente del FBI James Martin, que estaba encargado de vigilar por la seguridad de Marina Oswald. La otra está comprada a un policía de Dallas por el periodista Roberts, del «Detroit Free Press».)

Cuando aparece el número uno de TRIUNFO, pues, el mundo está configurándose de nuevo. Se ha llegado a la conclusión de que

ASO DE CLIO

la guerra es imposible: la política hay que basarla en la paz. En la URSS se han producido, tras la muerte de Stalin, una serie de cambios rápidos que llevan definitivamente al poder al grupo de los pacifistas, con Krushev a la cabeza. En Estados Unidos, los "happy warriors", los felices guerreros de la guerra fría, son barridos y aparece un hombre nuevo, un intelectual de izquierdas: Kennedy. Al frente de la Iglesia, Juan XXIII es el Papa de la reconciliación. Pero ocurre que persisten las fuerzas contradictorias, las desconfianzas, los intereses creados. Los hombres venidos al poder para traer la paz no tienen las manos libres. Hace falta un hecho que catalice estas aspiraciones, que demuestre que los pacifistas y los coexistentes tienen razón. Este hecho se produce en la crisis de Cuba. Es probablemente producto de una paradoja. La actuación de Kennedy fue una actuación forzada. Hubo elementos supervivientes de la guerra fría que hincharon desmesuradamente el peligro cubano. No se conoce bien aún lo que ocurrió en aquel momento —Estados Unidos, el aparente paraíso de la libertad de prensa y de expresión, vive a base de una historia secreta—; pero parece ser que hubo unas fotografías trucadas, o unas fotografías que se entregaron a la prensa antes de que las conociera el Pentágono, el Departamento de Estado y la Casa Blanca. Es posible creer que si los datos de la instalación de cohetes soviéticos hubieran sido conocidos solamente de Kennedy, éste hubiera continuado sus negociaciones privadas con Krushev y la crisis se hubiera disuelto apaciblemente. Pero había intereses en que Kennedy fuera sorprendido por la crisis y forzado a la acción. Tuvo que lanzar su famosa serie de ultimátums: el mundo entero se vio al borde de la guerra, y se vieron él y Krushev a punto de tener que tomar una decisión auténticamente histórica. Esta situación-límite produjo una reacción de conciencia altamente benéfica. Es escalofriante pensar que en el "War Room", la "habitación de la guerra" de las Fuerzas Aéreas, en el Pentágono, un oficial y un sargento estaban pistola en mano —del calibre 38, montadas y en posición de disparo— para acabar en el acto con cualquier oficial que fuese presa del pánico en el momento de decidir la guerra. Eran 30 oficiales: entre ellos, algunos generales. (Recojo el relato hecho en *Newsweek* un año después, el 28 de octubre de 1963.) Es decir, que el pánico fue el verdadero protagonista de la noche. ¿Se imagina un Estado Mayor vigilado por dos hombres pistola en mano para que no vacile en el momento de declarar la guerra?

Si el final de la segunda guerra mundial había servido, como antes digo, para desenmascarar la situación y revelar que todo el mundo estaba pendiente del suelo entre capitalismo y comunismo, personificado por Estados Unidos y la URSS, y lo demás tenía una importancia subalterna, esta crisis de Cuba, esta guerra que no sucedió, sirvió para desenmascarar otra situación y demostrar claramente la necesidad que tenían las dos naciones de estabilizar la paz. Así se ha venido haciendo desde entonces. Y el relato del episodio de Cuba fue el momento climático del mundo más importante que TRIUNFO ha relatado en sus cien semanas de existencia.

AY, además, tres acontecimientos secundarios. El más espectacular: el asesinato de Kennedy. No es posible calcular sus consecuencias, porque no sabemos aún el alcance de la conspiración que puso fin a su vida. El complot que se inició con el balazo del 22 de noviembre no ha terminado. No sabemos hasta qué punto ha ido progresando, hasta qué punto ha ganado ya; o bien si ha sido contenido, dominado. No sabemos más indicios que la actual política de los Estados Unidos. Esta política es dudosa, vacilante. Hay motivos para creer que Johnson continúa la acción de Kennedy: la semana pasada se ha llegado a un acuerdo para la disminución en la producción de materias fisibles necesarias para la guerra atómica, en el intercambio de espías en la línea de demarcación de poderes, en otros acuerdos en perspectiva. Se sabe ahora —en estos mismos días— que

el intercambio de mensajes secretos que habían iniciado Kennedy y Krushev ha sido continuado por Johnson: Uno de estos mensajes revestía gran importancia: la promesa hecha por los Estados Unidos de que los aviones de reconocimiento americanos dejarían de volar sobre la Europa comunista. Por otra parte, la herencia de Kennedy ha sido traicionada en América latina. El incidente de Panamá, el golpe de Estado en el Brasil, el anuncio americano de que sus aviones de reconocimiento continuarán volando sobre Cuba, hace pensar que hay una situación nueva. Corren por otra parte rumores sobre cambios inminentes en Washington. Se dice que Dean Rusk va a cesar muy pronto como secretario de Estado, que Averell Harriman va a ocupar un cargo importante (ya tiene en sus manos la política africana), que los últimos hombres de confianza de Kennedy van a desaparecer. Johnson ha cortado la veloz carrera que había iniciado Kennedy por la ley de los Derechos Civiles, que debía dar un golpe al racismo. En realidad, todo puede considerarse como política electoral, y conoceremos al verdadero Johnson cuando gane las elecciones de diciembre —y en estos momentos parece seguro que las va a ganar—. Entonces sabremos hasta qué punto habrá terminado la era de Kennedy. De todas formas, si creemos que la política de Estados Unidos ha sido forzada por el miedo a la guerra y la presión de las masas populares —como yo lo creo firmemente—, cualquier recrudescimiento de la posición de Washington será efímero, y el asesinato de Kennedy resultará finalmente baldío —desde el punto de vista de la política internacional— para quienes lo perpetraron.

El segundo acontecimiento secundario es la irrupción francesa, el desafío de De Gaulle a Kennedy —y luego a Johnson, a quien ni siquiera considera digno contrincante—. Se suele atribuir a la actitud de De Gaulle el final de la hegemonía norteamericana en Europa, y la realidad parece algo distinta. La hegemonía norteamericana en Europa —que aún es muy fuerte— comenzó a decaer en la "noche de Cuba" de una manera patente, es decir, como consecuencia de la estabilización de la coexistencia: De Gaulle no ha hecho más que seguir la corriente, aprovechar las circunstancias. Su política no es histórica por varias razones. En primer lugar, no es una política de innovación, sino puramente francesa, no permiten que la política degaullista cristalice en una hegemonía francesa. En segundo lugar, es la política de un solo hombre, del que sólo él mismo cree que es inmortal. Sus discípulos —los Pompidou, los Debré— son insignificantes; sus posibles sustitutos no tienen talla. Defferre aparece como una gran inflación de una izquierda intelectual; Pinay es un pequeño personaje de breve mira; Tixier-Vignancourt tiene un fondo de nacionalista fascista y ninguna posibilidad de ganar las elecciones. De Gaulle tiene hoy en el mundo un peso enorme. Pero es un peso circunstancial.

El tercer acontecimiento es la ruptura Moscú-Pekín. Se trata de otra incógnita en marcha, de una larga evolución con altibajos. A mi juicio —y siento coincidir en este caso con Tixier-Vignancourt— la polémica terminará, año antes o año después, por resolverse en favor de uno de los dos bloques: no creo en el cisma permanente. Si, como creo también, se estabiliza la coexistencia y se demuestran palpablemente sus beneficios, y si estos beneficios llegan a China y se extienden al sudeste asiático —lo cual es algo que puede ocurrir de un momento a otro—, Pekín terminará por modificar los puntos de vista actuales. El telegrama dirigido por los jefes del comunismo chino a Krushev el día de su setenta cumpleaños parece una iniciación de tregua. Moscú no parece creerlo así y sigue presionando: se encuentra muy sostenido por los teóricos —y los prácticos— de todo el comunismo mundial —salvo algunas excepciones— y parece creer que en el comité central chino y, sobre todo, en la base —volvamos a la importancia de la presión de las masas— hay un movimiento que no participa de las tesis de Mao Tse-tung y de Chu En-lai.

Dentro de otras cien semanas, muchas de estas incógnitas se habrán resuelto ya...